



IV CERTAMEN DE RELATO CORTO



CASINO DE DALIAS



Primer premio

Título: El Ánfora de los Pavish

Autor: Carlos Fernández Salinas





Sobre el autor...

Carlos Fernández Salinas (Gijón, 1961), trabaja en el Centro Jovellanos de Gijón como Jefe de Área VTS de Salvamento Marítimo, siendo el responsable de la formación de los controladores de tráfico marítimo españoles. Asimismo es experto internacional de la IALA (Asociación Internacional de Autoridades Responsables de las Ayudas a la Navegación), con sede en París. Ha publicado artículos en la práctica totalidad de publicaciones del sector de la seguridad marítima, incluido el *Seaways* y el *Journal of Navigation* de Cambridge University Press.



Comenzó su actividad literaria obteniendo el 3º Premio en el I concurso de narrativa náutica «Villa de Gijón» con el relato *La pasajera del camarote 53*, en Julio de 2001. Éste fue el primero de una larga carrera de premios literarios en el ámbito del relato corto, que supera el medio centenar de premios alcanzados. Uno de los últimos premios que obtuvo fue en el año 2015, en el Certamen «Villa de Monfrío» con el relato *Candela y el mundo*.

Anteriormente, en el año, 2013, publica la antología de relatos sobre la mar *Lo que mar esconde*. Este libro de relatos no es solo el fruto que el pescador iza en sus redes para subsistir en las villas marineras. Lo son así mismo los fragmentos rotos de la memoria que pescadores y marinos jubilados dragan en los fondos enlodados tras la dársena de su juventud, obligados a embarcar entonces en buques mercantes y enfrentarse a tempestades lejos de sus seres queridos. Esa vida itinerante que curte la piel y barniza los recuerdos de salitre.

En el 2016 gana el Premio Eurostars de Narrativa de Viajes con la novela *Los marinos prudentes leen las olas entre paréntesis*.



El Ánfora de los Pavish
Carlos Fernández Salinas

IV CERTAMEN DE RELATO CORTO CASINO DALÍAS 2021

EL ÁNFORA DE LOS PAVISH

Sentí celos. Eran los celos insoportables que deben

sentir las perlas cultivadas de las perlas naturales.

Yukio Mishima. *Confesiones de una máscara.*

La otra tarde me llamó Patricia. Hacía años que no tenía noticias tuyas, lo que lejos de alegrarme, desató en mi pecho una violenta tormenta; el odre de sentimientos ominosos que en su día juré no volver a abrir. Esa víbora me arruinó la vida, tal cual. Empero, acudí a la cita; si algo detestamos los cobardes es que nos tachen de cobardes. No se lo pierdan: de buenas a primeras Patricia empieza a recolocar los ojos y a morderse un labio, como si para ella yo fuese alguien muy especial (precisamente Patricia, ¡pero qué cara más dura!). La indignación dio paso a las dudas. Tal y como me educaron solo me quedaba una salida digna: llevarla a mi apartamento y hacerle el amor como nunca antes se lo habrían hecho, que sus

jadeos y alaridos retumbaran en el patio de luces, que las vecinas mojígatas se escandalizaran y entre reproches vedados se lo comentaran a sus maridos, los mismos que más tarde en el ascensor me mirarían con un visaje de admiración.

Dicho y hecho.

Antes de que sigan leyendo debería advertirles que soy un mentiroso incorregible. La vida me llevó a ello. Lamento que esta inoportuna confesión les dificulte la lectura. Habrá quien opine que no, que bastará con poner en cuarentena todo lo que yo diga. ¡Ojalá fuera tan sencillo! Es un hecho constatado que ningún mentiroso es capaz de mentir a todas horas. Como decía Quintiliano: «Los mentirosos están forzados a mantener buena memoria». Tendrán que ser ustedes los que juzguen qué párrafos y cuáles no merecen su credibilidad. Tengan cuidado que la mentira es una enfermedad infecciosa. No me dibujen esa sonrisa de suficiencia, que ustedes han mentido como el que más y si se tercia no dudarán en hacerlo cuantas veces sea necesario. ¿Por qué? Por lo que lo hacemos todos: para tomar ventaja.

¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, lo de Patricia. Decía que me llamó para tomar un café. La creía en Palestina o en Cisjordania, en cualquier caso lejos. En mi juventud estuve enamorado de Patricia, bebía los vientos por ella. En el mismo momento en el que me rechazó comencé a odiarla. Un sentimiento legítimo, indispensable diría. En apariencia Patricia era una persona sencilla, prudente en el habla y sin aspiraciones en lo afectivo. Saltaba a la vista que yo podía encajar en sus planes. Cuando me dio calabazas lo entendí todo: una chica como Patricia necesitaba imperiosamente herir a alguien, saborear el regusto amargo del remordimiento. Está en la naturaleza humana: encumbramos a los que humillan y a los que se resignan los denostamos.

Pongamos que me llamó un martes, pues el miércoles ya estábamos sentados en una cafetería de la calle Rosales. Encontré a Patricia distinta. Los cristales de las gafas eran más gruesos, y ese no era el único cambio: el cabello apagado, los labios resecos. No la recordaba tan delgada. En la apertura de la blusa, la clavícula formaba una preocupante hendidura. El estado de turbación se reflejaba en sus gestos, rápidos, exagerados.

—Me han dicho que trabajas en un periódico —apuntó mientras pagaba los cafés sin que yo hiciese amago por adelantarme.

—A media jornada. Es lo que hay.

—Estupendo, tengo una noticia para que la publiques. ¡Una gran noticia!

—Cuento entonces con el Pulitzer.

Patricia percibió mi ironía.

—¿Todavía me guardas rencor por aquello?

—¡Por Dios, Patricia, éramos unos chiquillos!

—Tú lo has dicho: unos chiquillos...

No podía consentir que Patricia me llevara a su terreno.

—¿Qué tal por Oriente Medio? Por ahí se corrió el rumor de que para conseguir la beca te acostaste con un tipo del departamento.

Patricia se levantó furibunda de la silla. Poco más y derrama los cafés.

—Ya veo que no lo has superado. —No había dado dos pasos cuando regresó renqueando. Patricia tenía un pequeño defecto en las caderas que le hacía trastabillar—.

Mira, no te he llamado para revivir viejas cuitas. —La mujer se quitó las gafas para limpiarlas con un *klínex*. Al hacerlo descubrió unas bolsas violáceas—. Te vengo a ofrecer oro líquido. La posibilidad de reivindicarte.

—¿De qué va todo esto, Patricia?

—De la historia más asombrosa que jamás se haya publicado. —Ante mi incredulidad, me cogió vehementemente de las manos. Estaban frías, muy frías—. Estoy dispuesta a hacer lo que sea con tal de que me escuches.

El contacto de su piel despertó en mí el deseo perverso al que incita la revancha.

—Entonces contesta a mi pregunta: ¿Te acostaste realmente con aquel tipo o no?

Patricia cerró los ojos. Le debió costar un enorme sacrificio decir aquello:

—Soy virgen.

—¿Con treinta y ocho años? Vete a otro con ese cuento.

—Soy virgen y estoy dispuesta a dejar de serlo cuando y donde tú me digas.

*

Llegados a este punto resulta inevitable que les hable de la primera vez que vi a Patricia. De por mí preferiría obviar este paso, y no lo digo por despecho, antes al contrario, es que cuando me acuerdo de aquel encuentro se me pone un nudo aquí, en la garganta, que me aprieta el alma. Un perturbado podría amenazarme con un cuchillo afilado que no me movería ni un ápice de mi asiento. Es lo que tienen los recuerdos que dejan mella. Cada vez que los evocamos los reescribimos con colores más nítidos: más dicha, más dolor, más lejos de lo que en realidad sucedió, pero más nuestros.

Por aquel entonces yo tendría quince años, puede que dieciséis, en cualquier caso una edad decisiva. Por una modesta propina, los sábados por la mañana echaba una mano en el ultramarinos que mi tío regentaba en la otra punta de la ciudad. Mi misión consistía en llevar a casa de los clientes los encargos que le hacían por teléfono. Para tal fin utilizaba una enorme cesta verde que me llegaba a las rodillas. Cuando no había encargos, pasaba la escoba o reponía mercancía por unos estantes atiborrados de botellas de leche y vino peleón. Los pasillos eran estrechos y la luz no les llegaba por igual. En ese escenario confuso conocí a Patricia, un antes y un después en mi sórdida existencia. Lo tengo grabado en mi cerebro de plastilina, que para eso se comporta como una roca de jade.

Afuera había estallado una repentina tormenta. El fragor de los truenos sacudía las paredes del local, multiplicándose entre las cajas apiladas en el almacén interior, donde me encontraba ordenando unas latas de aceite. El estrépito era tal que la bombilla desnuda que colgaba del techo comenzó a parpadear. Salí temeroso de que la tormenta afectara a los plomos y me quedara a oscuras en aquel cuarto de olores indescifrables. A la altura de la caja registradora divisé a una chica de mi edad. Desconcertada, estiraba los ojos por detrás de las gafas, como calculando si le daría tiempo a llegar a casa antes de que la cortina de agua se apoderara de las calles.

Busqué a mi tío por la tienda. Este se afanaba en cortar unas lonchas de fiambre en el mostrador de charcutería, y tenía a otras dos clientas que impacientes esperaban su turno. Así que, aunque no fuese mi función, me acerqué hasta la caja, levanté la trampilla y comencé a pasar la compra de la joven.

Al poco se nos unió un hombre, quien guardó cola. En seguida me di cuenta de que la observaba a hurtadillas. Tendría entre cuarenta y cincuenta años, más cerca de esto último que

de lo primero. Era un hombre bien vestido, en apariencia educado pero aun así no dejaba de desbrozarla con la mirada.

Otro trueno y la joven se sacudió con él. Llovió fuerte durante unos instantes. Entretanto yo había terminado de pasar la compra y aguardaba a que me la abonara. Ella me sonrió con disciplina al tiempo que sacaba un billete de su cartera.

El hombre seguía mirándola, con más descaro si cabe. Eso me desconcertó. No era una joven alta, más bien de mediana estatura. El hecho de que apenas calzara tacón la hacía parecer más baja de lo que en realidad era. Las facciones resultaban dulces, pero sin el carisma de una mujer atractiva. La delgadez de su cuerpo hacía que sus formas pasaran desapercibidas. ¿Por qué la miras?, me preguntaba. ¿Por qué no dejas tranquila a la muchacha? ¿No ves que no hay concupiscencia en sus ojos, que no es el tipo de mujer que inspire fantasías? ¿No me digas que de repente te has enamorado? ¡Pero si estarás casado y tendrás hijos! Resultaría ridículo veros pasear de la mano. ¿Qué diría la gente, tus familiares? Que has perdido el sentido del decoro. Pero yo sé lo que a ti te pasa, sí, lo acabo de leer en tus ojos: tienes miedo, el miedo insondable al que te han abocado todos estos años de libre albedrío, equivocándote, sufriendo, ensuciándote las manos, por eso quieres empaparte hasta los tuétanos de la inocencia, volver a sentirte limpio. Solo la pureza nos redimirá ante el juez más meticuloso e insobornable que hay sobre la faz de la tierra: nosotros mismos.

La joven repasaba el contenido de su compra. Yo quería que se marchara y se librara de la mirada de ese hombre. Al verla dudar, le pregunté si necesitaba otra bolsa, a lo que ella me respondió que no, que muchas gracias. No obstante, le di otra, no fuera a ser que por cargar mucho peso en una se le fuera romper de camino a casa. La mera imagen de la joven recogiendo la compra desparramada por la acera, me conmovió.

—Mete esa botella de leche aquí, y en esta otra la lata de cacao —añadí con un mohín cariñoso, el primer mohín cariñoso que acertaba a esbozar a una chica de mi edad.

La joven me agradeció el gesto y tras asir las bolsas se dirigió hacia la salida. El hombre dispuso los escasos productos que llevaba para que se los cobrara rápido, pero deliberadamente me demoré. Él me desafió con una mirada procelosa y yo me entregué igual que ese peón que se sacrifica para salvar a su dama.

La joven alcanzó la salida del ultramarinos y al abrir la puerta, el aire se volvió tibio y húmedo. Justo en el escalón de la entrada levantó los ojos. Tras los truenos las nubes se habían relajado y por una hendidura se podía ver el sol.

Es hermoso ver cómo el sol vence a la cerrazón. Es hermoso saber que algo oscuro saldrá derrotado. Es hermoso vivir en la certeza de que mañana, cuando te mires en el espejo, verás un rostro sin máculas ni heridas de las que no se curan. Más que hermoso es suficiente. Con eso basta.

Horas más tarde mi prima me dijo que esa chica, con la que coincidía en el instituto y a la que, entre risas, tildó de beata, se llamaba Patricia.

*

Patricia se dejó hacer el amor de manera mecánica. Lo hicimos en el apartamento que yo compartía con un informático pakistaní que por motivos de salud trabajaba en casa. Podíamos escuchar su escandalosa tos a través del tabique. Según terminamos Patricia se puso primero las gafas y después las bragas. Con la espalda en el cabecero intentó retomar el tema que nos había llevado hasta la cama. No parecía contrariada por lo que acababa de suceder. Procuré ser lo más grosero que pude:

—Te concedo cinco minutos.

—Quiero que me mates.

No pude evitar una carcajada.

—Venga ya, Patricia. Ése es el guion más manido de las películas de serie B. Ahora dirás que me pagarás una fortuna por hacerlo.

Patricia se levantó casi desnuda como estaba y de su bolso extrajo un USB.

—Lo único que sacarás en limpio será esta noticia, y cuando la publiques pasarás a ser el reportero mejor pagado del país. Se darán de tortas por contratarte.

Aquello resultaba verdaderamente grotesco.

—¿A qué viene que me concedas tal privilegio? Te recuerdo que en su día te diste mus.

Patricia se sentó en la silla donde había amontonado la ropa.

—Sería muy difícil explicarte por qué te rechacé. Además, no creo que a estas alturas cambie nada. El daño ya está hecho. Siempre he pensado que por mi culpa te volviste tan... ¡uf!, no sabría cómo definirte... ¿displicente? Nunca me lo perdonaré, y aunque no me creas, te diré que eres mi mejor recuerdo. Aún te quiero. Te lo acabo de demostrar en esa cama.

Cerré los ojos. No quería revivir el pasado. Mi subconsciente había aislado aquel episodio lacerante con gruesos tabiques que Patricia se obcecaba en derribar. La tos del pakistaní me sacó de mi ensimismamiento. Su enfermedad se agravaba por momentos. Podías verle arrastrándose por el pasillo igual que un fantasma. Le dije a Patricia que dejara el USB

en la mesita y que hiciera el favor de marcharse, que esa tarde iba a llevar a mi compañero de piso a una exposición fotográfica.

—¿Puedo ir con vosotros?

En bragas y gafas Patricia era un ser totalmente vulnerable, nada que ver con el aspecto arrogante de la tarde en la que me rechazó. Sentí compasión, pero por fortuna pude sobreponerme.

—Te llamaré cuando lo lea. No te olvides de cerrar la puerta al salir.

*

El policía que me enseñó la fotografía bien pudo haberse ahorrado la pregunta.

—¿Conoce usted a esta mujer?

Su compañero miraba sin recato hacia el interior de mi apartamento. Así y todo no les dejé pasar de la puerta. Me centré en la foto. Era de una boda o un bautizo. Con ese vestido largo Patricia estaba irreconocible. Me decanté por una pregunta retórica:

—¿Se encuentra bien?

—Todo lo bien que se puede estar en el depósito de cadáveres. El registro de llamadas de su móvil indica que recientemente estuvieron en contacto. ¿Qué tipo de relación mantenía con la difunta?

De pronto me faltó el aire. Tal fue así que me tuve que sujetar al marco de la puerta para no caer de bruces.

—¿Estoy obligado a contestar?

—Para nada. Es usted libre de no hacerlo.

Del portazo por poco me llevo las narices del policia curioso. Corrí a la habitación y rebusqué en la mesita donde Patricia había dejado el USB. No me había vuelto a acordar de él. En la mesita no estaba. Fui al salón, a la cocina. También miré en la habitación de mi compañero, quien por algún motivo no estaba en casa. Fue allí, cuando al revolver sobre la mesa del ordenador, desplacé el ratón y la pantalla se iluminó.

*

Tras licenciarse en Filología Clásica, Patricia Zubeldia deambuló durante años por los institutos de la periferia como profesora interina de Latín. Los alumnos eran soberbios y descuidados, algunos violentos. Entre la barahúnda descubrió que su vocación no era la enseñanza. Ésta está reservada para los héroes mitológicos y ella era de naturaleza timorata. Un día recibió una carta que daría un giro vertiginoso a su existencia. En ella se anunciaba la concesión de una beca de investigación sobre la influencia de las lenguas romances durante la ocupación romana al oeste del Jordán.

Patricia viajó a Palestina con la ilusión como maleta. En Hebrón descubrió una vida totalmente distinta a la que estaba acostumbrada: las gentes, las comidas, las costumbres... hasta el color del cielo era diferente. Su investigación la obligaba a cotejar centenares de documentos en lenguas vernáculas. Gracias a su perseverancia, en poco tiempo se ganó el respeto del departamento.

Una tarde un anciano llamó a la puerta de su vivienda. Ella lo conocía de vista pues regentaba un bazar que quedaba a solo dos manzanas del bloque. La desazón abarrotaba el rostro del mercader. Según le explicó, el final de sus días estaba cercano, por lo que iba a

morir sin descendencia a quien confiar el legado que durante generaciones su familia había conservado con mimo. Patricia, confusa, le dijo que sintiendo mucho su situación personal, no entendía por qué acudía a ella. Él se limitó a entregarle un atado de pergaminos.

—Cuando los descifre acérquese hasta mi humilde bazar.

El anciano se despidió ceremonioso dejándola a solas con los pergaminos. Por prurito profesional Patricia no pudo obviarlos. No tardó en reconocer el Poema de Gilgamesh, lo que muchos filólogos consideran la primera obra literaria de la historia. Se trataba de una transcripción de las tablillas de arcilla escritas en cuneiforme alrededor del siglo XXV a.C. Patricia sabía que el pergamino empezó a emplearse mucho después, por lo que el documento tendría que datarse del siglo I a.C. en adelante. Además, no estaba escrito en acadio, sino en griego antiguo. Lo que más le llamó la atención fue una adenda a las doce tablillas originales. En ella se relataba la epopeya de una tribu nómada contemporánea a los sumerios que «viniendo de los páramos del oeste [*sic*]», se asentaron en la región de Subartu: los *pavish*. Esta tribu no tenía una concepción lineal del tiempo, sino cíclica, por lo que cada cierto número de años se mudaban siguiendo el sentido horario del sol. Según pudo interpretar Patricia, a finales del siglo XVIII a.C., los *pavish* anunciaron al rey Samsu-iluma, hijo del legendario Hammurabi, su intención de desplazarse en busca del «gran lago salado [*sic*]». A los *pavish* se les describía como guerreros invencibles pero que solo usaban la espada para defenderse de los ataques de otros pueblos. Según ellos sus verdaderos enemigos eran la ira, la codicia y el engaño. Los hombres nunca se cortaban el pelo ni se rasuraban la barba para no favorecer la vanidad. Por idéntico motivo las mujeres se rapaban la cabeza. Igual que los dualistas, consideraban que cuerpo y alma son dos cosas distintas, pero entendían que el alma («*ur*») no es privativa de las personas sino de la tribu por entero, donde también coexisten sus antepasados en un vínculo inextricable. «Cuando una vela enciende a otras muchas, es el

mismo fuego el que arde en todas las velas [*sic*]». La tribu se caracterizaba por su cohesión social, donde no había jerarquías ni clases, sino que cada individuo escogía la función para la cual creía tener mejores aptitudes. Los cuerpos de los muertos se los ofrecían a los buitres, animal sagrado que completaba el ciclo vital. Si bien los *pavish* anhelaban librarse cuanto antes de las pesadas cadenas que imponía el cuerpo para pasar a formar parte de esa alma única y tribal donde vivirían para siempre con los suyos, para ellos el mayor deshonor era morir en el campo de batalla. De tal manera que, según la epopeya, los *pavish* nunca fueron derrotados por otro ejército. Si un guerrero era herido, aunque fuera de extrema gravedad, lo trasladaban rápidamente a la tienda de los médicos, quienes le suministraban un brebaje a base de néctar de flores. Ante la estupefacción de sus enemigos, a la mañana siguiente el guerrero, otrora malherido, volvía a empuñar la espada con más ímpetu que el día anterior.

Durante unos días Patricia intentó documentarse acerca de los *pavish*, pero al no encontrar referencia alguna, desistió. Estaba acostumbrada a este tipo de leyendas que aparecen y desaparecen de la mitología popular con una facilidad pasmosa. No le prestó, pues, mayor atención. Sin embargo, al percatarse de cómo el anciano mercader la espiaba en la lejanía, se dio cuenta de que estaba obligada a devolverle el atado. Cuando el anciano la vio llegar afectuosamente la invitó a pasar a unas dependencias interiores del bazar. Tras sortear varios recovecos, descubrió una alfombra que ocultaba una trampilla. Descendieron por una escalerilla estrecha, apenas iluminada. A causa de su miopía Patricia no acertaba a ver los escalones pero él había tomado la precaución de encender una tea. De un anaquel con centenares de pequeñas ánforas aparentemente iguales, el anciano escogió una.

—Los *pavish* perecieron en el lago Urmia, en el siglo III d.C., durante un terremoto devastador. Milagrosamente se salvó uno. Sus descendientes hemos custodiado en secreto esta ánfora, la única que se conserva. Contiene el néctar de flores que se les suministraba a los

guerreros heridos en el campo de batalla. Por desgracia, mi matrimonio no ha sido bendecido con un hijo. Mi mujer la ha estado observando desde que llegó a Hebrón. Puede que usted no haya reparado en ella, pero le sirve la comida a diario en el catering de la Universidad. No me pregunte por qué, pero a veces basta una sola mirada. A ella no le cabe duda de que usted es una mujer inteligente, trabajadora y discreta, de corazón limpio. No se nos ocurre nadie más apropiado.

Cuando Patricia salió de la tienda las rodillas le temblaban. A cada paso percibía cómo el líquido se desplazaba en el interior del ánfora. Durante días intentó buscar indicios sobre el paso de los *pavish* por el lago Urmia. Efectivamente encontró referencias sobre el gran terremoto, pero de los *pavish* ni una sola entrada. Tras unas semanas más de investigación se acabó convenciendo de que toda esa historia no era más que una invención de un anciano senil. Fue a su encuentro con el propósito de devolverle el ánfora, pero se encontró el bazar cerrado a cal y canto, como si lo hubiesen traspasado. En el catering de la Universidad le dijeron que la mujer solicitó la jubilación de la noche a la mañana. Visto el panorama intentó olvidarse de los *pavish*. Pero una noche que no podía dormir, la curiosidad le pudo. Buscó el ánfora y bebió un trago. No tardó en descubrir el sabor inconfundible del agua edulcorada. Los labios de Patricia dibujaron una mueca entre la sorpresa y la decepción. «Pobre anciano, tanta dedicación en vano», concluyó mientras se acostaba.

A la mañana siguiente amaneció con un cuerpo al lado de la cama. Patricia no pudo reprimir un grito que despertó a quien compartía su lecho. Al verle la cara, casi se desmaya. Era un rostro idéntico al de ella. No solo las facciones, el cuerpo, los gestos, la voz. La otra mujer también se sobresaltó, pero supo guardar la compostura. Intentaron razonar, si bien fueron incapaces. Era como hablar en alto con uno mismo. Patricia se vistió y le dijo a la otra

que tenía que acudir a la universidad. Esta le preguntó si podía acompañarla, pero enseguida cayó en lo estúpido de su propuesta.

Encerrada en su despacho, Patricia fue capaz de ver, de oler y de escuchar todo aquello que hacía su clon en el apartamento. A mediodía percibió que la otra salía a dar una vuelta por el barrio. Cuando Patricia regresó a casa, su otro yo le recitó de memoria los documentos que Patricia había consultado durante la mañana y le dio una serie de consejos útiles para terminar una traducción. Resultaba evidente que estaban enlazadas por un filamento tan invisible como eficaz. Las dos eran una copia idéntica salvo que la otra Patricia no padecía miopía, ni trastabillaba cuando caminaba. En líneas generales presentaba un aspecto sensiblemente más saludable, tal vez porque su cuerpo no había sido sometido a la erosión de los años.

Sea como fuere, aquel trago de agua edulcorada acabó resultando su perdición. Allá donde estuviera, la capacidad sensorial de Patricia se veía desbordada por lo que percibía su homóloga. Las migrañas se hicieron habituales. A veces le pedía a su doble que acudiera a la universidad en su lugar. Entonces Patricia se encerraba en su cuarto y permanecía todo el día en la cama, ocultando su cabeza bajo la almohada en un esfuerzo titánico por no percibir nada. Cualquier estrategia fue inútil. ¿Asesinarla? ¿Cómo, si la otra vería con los ojos de Patricia cómo se acercaba por la espalda cuchillo en mano?

Patricia decidió volar a casa dejando a su doble al cargo de su puesto en Hebrón. Albergaba la esperanza de que la distancia pudiera abrir una brecha entre ambas. Para su desgracia siguió percibiendo las sensaciones con la misma intensidad. Desesperada, quiso quitarse la vida si bien le faltó coraje. No obstante, la mujer intuía que la muerte era la única salida fiable. Fue cuando una conocida le mencionó a su antiguo admirador, un buen chico, humilde y cariñoso, un tanto inocente. A ella le gustaba, pero la tarde en la que él se le

declaró, de súbito sintió vértigo. Patricia se tenía por una persona cuyo corazón era un pedazo de frío acero incapaz de compartir una emoción. Estaba destinada a hacer daño por inacción, y eso la aterraba. Con su renuncia ella intentaba salvaguardar la felicidad del muchacho, pero este interpretó su negativa como una humillación. La ponzoña del veneno le infectó el alma. De la noche a la mañana se convirtió en un joven descreído que renegaba de cualquier ética o moral. Patricia se sentía culpable de aquella inmólación, por eso cuando su amiga le comentó que él malvivía trabajando en un periódico, pensó que tal vez pudiera compensarle revelándole la existencia del ánfora para que él la publicara. A cambio tendría que echarle una mano en aquello en lo que ella se veía incapaz, una suerte de cadena de favores de tan solo dos eslabones.

*

Cuando terminé de leer alcé la cabeza. Mi compañero de piso me observaba bajo el quicio de la puerta. Angustiado le grité:

—Shahid, ha ocurrido algo terrible. Han matado a Patricia, la mujer que estuvo el otro día en casa, la dueña de este USB que tienes en tu ordenador. La policía sospecha de mí, y si se lo proponen no tardarán en encontrar restos de su ADN dispersos por mi habitación.

Shahid negó pausadamente con la cabeza. En estas sonó mi móvil.

—Soy el inspector que estuve hace unas horas en su domicilio. Llamo para disculparme por haberle importunado. Hemos encontrado al asesino. No ha sido mérito nuestro, se ha entregado él solito. Tampoco estábamos tan descaminados, es Shahid Ghulam, el pakistaní que vive con usted. Lo tenemos aquí, retenido en prisión preventiva. La verdad es que no sabemos cómo ha podido asesinarla. Presenta un estado de salud lamentable. De hecho

me ha pedido que le llame para que le acerque unas medicinas que necesita. ¿No escucha sus tos?

Atónito, me quedé mirando a mi compañero de piso. Su tez no era pálida, antes al contrario, sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas. La espalda recta, ni rastro de expectoración. Su voz resultó vigorosa:

—Lleva esas medicinas a la comisaría, ¿quieres? Me temo que no va a durar mucho. Ahora, si me disculpas, me voy por el mundo a descubrir eso que llaman vida. —De pronto Shahid se detuvo y de una mochila extrajo una pequeña ánfora—. Mejor quédatela tú. Quién sabe, a lo mejor te viene bien un trago.

*

El cielo de Hebrón era realmente distinto a ningún otro que yo hubiese visto. Las nubes se enroscaban en los montes de Judea, salpicando de tórtolas los techados de la ciudad. No quise pasar por el hotel, sino que del aeropuerto fui directamente a la Universidad. A esas horas el tráfico era intenso y el taxista metódico, lo que desató mi ansiedad. Una vez en la facultad de filología, pregunté al conserje por Patricia Zubeldia. Pusilánime, el hombre me llevó hasta el típico despacho de vidrio esmerilado, inaccesible a los ojos curiosos. Llamé a la puerta. Una voz en hebreo me invitó a pasar.

Patricia estaba parapetada tras un rimero de libros. Se levantó alborotada para regalarme un beso prolongado.

—¿Tu otro yo bebió del ánfora? —me preguntó como quien en mitad de una tormenta detiene su coche y te invita a subir.

Yo no podía dejar de mirarla a los ojos. Eran grandes y brillantes. Tanto fulgor acabó desbordándome.

—Hasta que no quedó una sola gota.

Respondí a la par que me prometía a mí mismo que esa sería mi última mentira.

—Fin—